

María responde a un mensaje de Melissa preguntándole si le apetecería unirse a ella y a sus hijos en la manifestación de esa tarde.

¿Por qué no?

Había sido un día mágico, así que necesitaba compartir su dicha con los demás.

Melissa la había apoyado mucho, incluso le había prestado dinero unas cuantas veces cuando no tenía ni para comer.

Siempre por culpa de algún cerdo ricachón sin escrúpulos.

En España abundaba ese género, el del señorito de mentalidad aún franquista que trataba a los empleados como si fueran sus esclavos.

Para empezar no respetaban los horarios ni los convenios laborales.

Una estaba obligada a hacer gratis cuantas horas extras a ellos les diera la gana, y luego, a la hora de pagar, como tortura psicológica, igual que el que emplea el látigo, le venían con que ese mes no disponían de liquidez.

Todo porque se gastaban en fiestas con sus amigos, en putas y en cocaína, los beneficios de la empresa.

La fiesta española, aunque parecía algo alegre e inocente, se trataba de un modo perverso de arruinar moralmente a todo el mundo.

La gente se dejaba en copas el dinero que no tenía, pero también la salud.

Había que ver, aún encima, las caras de esos jefes fiesteros.

Después de robar a su empleados, y a quien fuese para sufragarse los innumerables gastos, andaban arrastrándose y siempre de mal humor por culpa de la resaca perpetua.

Daban hasta lástima.

Tenían con el colesterol por las nubes y la cara roja e hinchada.

También había conocido a varios con gota, cojeando igualito que señores feudales de tanta carne y tanto vino como habían tragado los muy animales.

Luego, cultura y educación muy poca.

En ese sentido en su país se podía decir que podría existir una cierta esperanza de mejorar la sociedad.

Aquí no.

La música era un verdadera basura, y el interés de la gente por el arte, especialmente los burgueses, nulo.

A menos que a los mafiosos, que muchos grandes galeristas lo eran, les sirviera para blanquear dinero.

¡Qué desastre!

La verdad es que sí que merecía la pena salir a la calle.

De no haber encontrado a su jefa, una persona justa y a la que le gustaban las cuentas claras, podría encontrarse aún sufriendo el horror de la clase obrera española, por la cual ni los sindicatos ni el partido socialista habían movido ni un dedo.

Aunque poco podían hacer ellos para cambiar una sociedad que era así de cruel y violenta con todo el mundo: obreros, patronos, y en especial las mujeres de ambos.

Cada uno de los políticos, independientemente de su ideología, eran tan víctimas de esa guerra psicológica velada como los demás.

Todo el mundo sufría y callaba, estaba jodido y se aguantaba, así hasta reventar o liarse a tiros con el vecino, como había hecho los españoles desde el siglo XIX con la excusa de las guerras carlistas.

La gente siempre bromeando, sarcástica, pero llena de odio y de rabia.

Por eso los que no eran así, miles, quizás millones en toda España, aunque muchos de ellos se encontraban expatriados, debererían pugnar por la justicia social.

Por eso, pensando sobre todo en el futuro de su hijo, responde a Melissa que irá.